



Intervención en el Encuentro Nacional de Jóvenes por la Paz: Una mirada hacia el posconflicto
Recuento de los aspectos más importantes del Proceso de Paz

Juan Manuel Santos
Presidente de la República

BOGOTÁ D. C., COLOMBIA

[...] Estamos en un momento crucial de nuestra historia, en un punto especial, en un punto de inflexión para Colombia. Y quiero recordar un poco lo que ha sido este Proceso, la importancia que tiene este Proceso para ustedes los miembros de las Fuerzas Armadas, nuestro Ejército. Porque realmente las decisiones que estamos tomando van a fijar las pautas para nuestros hijos. Y van a abrirle unas oportunidades a Colombia que nunca nos habíamos imaginado que pudiesen existir, porque llevamos demasiado tiempo en guerra y llevamos demasiado tiempo en un conflicto armado; en cierta forma, nos acostumbramos a vivir en guerra. Yo creo que no hay una sola persona aquí en este escenario, ni una sola, que pueda decir que ha vivido un solo día en este país en paz. Por eso es tan importante el paso que estamos dando y es tan importante que ustedes entiendan; para que se entusiasmen y hagan parte de esta gran transformación, de este gran cambio, que puede surgir —y debe surgir— y que debe gozar nuestro país.

Cuando comenzamos este Proceso, hace cinco años —llevamos más de cinco años en el Proceso— teníamos muy claro por qué teníamos que hacerlo y para dónde íbamos. Y nos pusimos unas metas, como se las debe poner cualquier persona, cualquier empresa, en la vida: unos objetivos, unas metas ambiciosas. Comenzamos el Proceso porque las condiciones estaban dadas. Condiciones, entre otras cosas, que antes no estaban presentes, razón por la cual fracasaron los numerosos intentos que se hicieron para lograr la paz en este país. Condiciones que se presentaron gracias, entre otras cosas, al papel, al trabajo, a la valentía, a la determinación y al sacrificio de nuestras Fuerzas Armadas [...]: que la guerrilla finalmente entendiera que por la vía de la violencia no iba a llegar al poder ni iba a lograr ninguno de sus objetivos, que los comandantes

de la guerrilla se dieran cuenta de que para ellos personalmente era mejor negocio la paz que la guerra y otras condiciones que se están presentando.

Iniciamos el Proceso con muchas dificultades, porque un proceso de paz es difícil. Un proceso de paz, sobre todo después de tantos años de guerra, significa un cambio de paradigma, un cambio de mentalidad. Liderar un país en un proceso de paz es bien complejo, mientras que liderarlo en tiempos de guerra es mucho más fácil. Lo decían los grandes líderes mundiales, uno de los cuales era Churchill: si yo me paro y yo sé quién es mi enemigo, y yo le pido al pueblo «por favor ayúdenme a derrotar ese enemigo, porque, si no lo derrotamos, él nos desaparece a nosotros», el pueblo entero se reúne y se une alrededor de esa causa. Es decir, en las guerras el liderazgo es fácil. En el proceso de paz el liderazgo es mucho más complejo, porque tiene uno que comenzar a convencer la gente para que cambie de actitud, sobre todo después de tantos años de guerra; que vea que la guerra no es el camino; que quienes han sido víctimas puedan mirar a sus victimarios con ojos diferentes a la venganza, al odio; que es mejor respetar las diferencias y dirimir cualquier conflicto, cualquier pleito, por la vía del diálogo que a punta de fusil y bala; que hay que reconciliarse. Todo eso genera unos desafíos muy complejos en materia de mentalidad

de la población, en materia de actitud de la gente frente a su entorno.

Miren lo que nos ha sucedido últimamente. Hemos hecho muchos estudios sobre qué piensa la gente de la paz. Hemos descubierto cosas tan insólitas, tan sorprendentes y tan insensatas —pero tan reales— como que la gente que no está muy enterada de lo que esto significa y la rechaza porque representa un cambio. Solamente cuando uno se sienta y le explica: «mire, este cambio es positivo; este cambio le puede significar a usted mejores condiciones de vida, mayores oportunidades de empleo; significa que usted no va ser seguir siendo víctima, que no va haber más víctimas después de usted». Y ahí dicen: «¡Ah, ya! Ahí sí me interesa». Pero la primera reacción es de rechazo. Por el cambio. La gente le tiene miedo al cambio. Y es ahí donde una sociedad necesita unirse en torno a una causa importante; creo que tenemos la gran oportunidad.

Cuando comenzó este Proceso yo puse unas líneas rojas. Clarísimas. Se las expuse al país, hice una alocución en televisión y lo he venido repitiendo durante cinco años. ¿Qué es lo que vamos a negociar y qué es lo que no vamos a negociar? ¿Qué no está en juego? Yo aprovecho aquí para reiterarles a nuestros amigos de las Fuerzas Militares que siempre he dicho que no está en juego algo que en todos

los procesos de paz se pone como primer punto: ¿Qué vamos a hacer con nuestro ejército? ¿Qué vamos a hacer con nuestra Policía? ¿Qué vamos a hacer con nuestras Fuerzas Armadas? En este caso, yo les dije a los señores de las FARC: «Ese tema no se discute». No está en la Agenda, no ha estado en la Agenda, no se ha discutido, no se discute y no se discutirá. El futuro de las Fuerzas Armadas lo discutimos entre las Fuerzas Armadas, el Gobierno y el Estado. No con la guerrilla.

Por supuesto, ellos han querido que eso se meta, que eso sea parte de la negociación. Les hemos dicho siempre no, esa es una línea roja que se ha respetado. Hasta tal punto, que se han puesto en la Mesa de Negociación a dos miembros de las Fuerzas Armadas muy respetables, dos generales retirados, [Jorge Enrique] Mora y [Óscar] Naranjo, para que sirvan de garantes en ese sentido. Ahí nos hemos mantenido y nos seguimos manteniendo.

Por otro lado, nos pusimos otras líneas rojas. Aquí no vamos a poner en tela de juicio o a discutir nuestro Estado de derecho, nuestro futuro comercial, nuestra política de inversión, nuestra política de impuestos. Nada de lo que quisiera la guerrilla que se cambiara está en la Mesa de Negociación. Lo que está en la Mesa de Negociación son, simplemente, cinco puntos específicos que, de llegar a acuerdos

entre las dos partes, terminarían el conflicto. Ahí comienza la construcción de la paz. Esos cinco puntos hay que repetirlos, porque muchas veces la gente no los conoce. Son cinco puntos complejos, porque son puntos de gran envergadura, pero en el fondo son muy sencillos, porque, en su mayoría, son cosas que tendríamos que hacer con o sin conflicto.

Por ejemplo, el Punto 1 que tiene que ver con el desarrollo rural. Ahí se negoció una mayor inversión en el campo: más colegios, más hospitales, más carreteras y más acceso de los campesinos a la tierra, sin necesidad de expropiar a nadie. El campo colombiano es, afortunadamente, amplio y vasto. Tenemos millones de hectáreas sin producir: hay campo para todos. En ese sentido, lo que necesitamos hacer es invertir más en el campo, porque allá está concentrada la pobreza y la pobreza extrema. O sea que ahí no hay mayor razón para temer algún tipo de intervención.

Lo segundo es profundizar nuestra democracia. Eso es lo que hacen todas las democracias en el mundo. Todos los años se discute: ¿Cómo perfeccionamos nuestra democracia? ¿Cómo le damos más representación a ciertos sectores que se sienten subrepresentados? ¿Cómo les damos más transparencia a los sistemas electorales? ¿Cómo le damos más garantías a la oposición?

Eso fue también lo que negociamos: una profundización de nuestra democracia, algo que hacen todas las democracias todos los años.

Un tercer punto, muy importante: ¿Qué es lo que ha financiado la violencia en este país en los últimos cuarenta años? El narcotráfico. Hemos sido el principal proveedor de cocaína del mundo durante los últimos treinta y cinco o cuarenta años y lo seguimos siendo. Eso significa que la violencia en este país se ha multiplicado, que los grupos ilegales puedan mantenerse, y que puedan comprar más armas y generar más violencia. Por eso, tratar de cortar ese combustible de la violencia es algo maravilloso para el país y para el mundo, porque si nosotros somos los principales proveedores de cocaína en los mercados mundiales, pues se van a ver afectados los carteles de México, los consumidores en Miami, en España, en París.

O sea, el efecto de cortar o disminuir al máximo el tráfico de cocaína, la exportación de cocaína de Colombia, es un beneficio mundial. Por eso, cuando acordamos con la guerrilla, ¿qué fue lo que acordamos? Que, en lugar de estar defendiendo el narcotráfico, ellos lo iban a combatir; que se iban a aliar con el Estado para sustituir los cultivos ilícitos por cultivos lícitos; que en lugar de tener francotiradores disparándoles a nuestros soldados, a nuestras policías,

cuando vayan a esos cultivos de coca —los cultivos ilícitos—, [los guerrilleros] les ayuden a sustituir esos cultivos por cultivos lícitos. Van a ayudar a dismantlar los laboratorios de coca y van a ayudar a desaparecer de esos corredores de exportación de coca que han estado presentes durante tanto tiempo en el país. Eso tiene un efecto muy importante para Colombia y para el resto del mundo.

El Punto de las víctimas, muy importante. Esta es la primera vez —la primera vez— que ponemos a las víctimas y sus derechos como el centro de la solución de este conflicto. ¿A qué tienen derecho las víctimas? Tienen derecho a ser reparadas. Y las venimos reparando. Ya llevamos más de medio millón víctimas reparadas y tenemos que seguir las reparando. Tienen derecho a la verdad. Muchas de las víctimas lo único que necesitan, lo que quieren, es la verdad. Miren lo que están clamando las víctimas del Palacio de Justicia: que nos digan la verdad.

Tuve una experiencia muy conmovedora con María Alejandra Villamizar [Directora del Proyecto Pedagogía para la Paz] —aquí presente— hace unos días, con una víctima. Un campesino que salió desplazado por la violencia del Quindío para el Vichada. Luego le mataron a su papá, la guerrilla le mató a su papá. Luego le mataron a su hermano. Y el

otro hermano se fue a averiguar qué le había pasado al primero. Y ese otro hermano desapareció, nunca volvió a oír de él, era muy cercano a este campesino. Después se fue para el Guaviare y fue desplazado nuevamente del Vichada. Y en el Guaviare iba caminando, tenía una señora y dos hijos, por un caminito, y de pronto pisó una mina y le volaron las dos piernas y parte de un brazo. O sea, víctimas como esas, realmente son pocas. ¡Ah! Y fuera de eso lo volvieron a desplazar, porque él había identificado quién había sido el responsable de buena parte de esos crímenes. Y nos sentamos con él y le pregunté: «¿Usted le daría la mano al responsable de todo eso que le ha pasado a usted?». Se quedó mirando y me dijo: «Presidente, sí. Yo le daría la mano y yo sería capaz de perdonarlo». Y yo le decía: «¿Perdonarle todo lo que le ha hecho a usted?». Me dijo: «Sí, porque pienso que esto que me sucedió a mí le puede suceder a mucha gente durante muchos años. Por eso soy capaz de perdonar. Lo único que yo sí pediría —lo único— es que me dijeran dónde está mi hermano desaparecido, me que dijeran la verdad; que me dijeran por qué mataron a uno de mis hermanos y por qué desaparecieron al otro. Solamente que me digan eso y con eso quedo yo tranquilo. Por eso, esos derechos de las víctimas se [pusieron en el centro del Proceso] por primera vez en la historia de la humanidad. ¡Óigase bien! Este es un

Proceso que está haciendo historia, que está sentando precedentes. Nunca antes un proceso de paz había puesto las víctimas y sus derechos como el centro de la solución. Entonces, de ahí el derecho a la verdad, el derecho a la reparación. Y la reparación siempre tiene que ser simbólica. Si uno le paga un millón de pesos a una víctima o, inclusive, le da una casa, ¿eso le reemplaza a un hermano, a una mamá, a unos hijos? No. La vida humana no tiene precio, pero es un gesto simbólico de la sociedad con esa víctima para decirle: «Mire, esto le ayudará a mitigar su dolor». Por eso es tan importante la reparación.

Por otro lado, el derecho a la justicia, el tema más complicado de la negociación. Siempre ha sido así en cualquier negociación de paz, en cualquier parte del mundo: cuánto de justicia se sacrifica para lograr la paz. La guerrilla decía: «¿Y nosotros por qué vamos a ser la primera guerrilla en el mundo que entrega las armas para irse a una cárcel?». Nosotros les decíamos: «Pues porque el mundo ha cambiado». Ya no se pueden decretar esas amnistías que se decretaron en el pasado. Esas amnistías ya en el mundo de hoy son imposibles, porque hay que pasar por el cedazo de lo que se llama la justicia transicional. Porque estamos obligados por un Tratado Internacional que fue el que creó la Corte Penal Internacional; porque el mundo de hoy es diferente.

Y fue difícil convencerlos. Finalmente aceptaron. Van a pasar por esa justicia transicional los máximos responsables de los crímenes más graves, más atroces. Van a ser investigados, juzgados, condenados y sancionados.

Eso ya está acordado. Y yo espero que, en los próximos días, en las próximas semanas, los detalles de unas diferencias de interpretación de estos acuerdos queden resueltos, se publique todo lo que se acordó en materia de justicia transicional y sigamos con el último punto, que ya estamos discutiendo, que es el punto que tiene que ver con el fin del conflicto.

Y aquí quiero hacer dos anotaciones importantes aprovechando la presencia de las Fuerzas Militares, los miembros de nuestro Ejército. En la justicia transicional —y también se lo dije a mis soldados y a mis policías desde el primer día— ustedes no van a ser sujeto de negociación. No vamos a discutir el futuro de las Fuerzas Militares: el futuro de las Fuerzas lo determinamos nosotros. Lo que sí les prometo —se los dije hace cinco años, se los dije hace cuatro años, hace tres años, hace dos años, y se los sigo diciendo, porque ya está— es que si hay beneficios para la guerrilla en materia jurídica, habrá por lo menos los mismos beneficios para los miembros de nuestras Fuerzas. Porque no queríamos que se repitiera la situación en donde los que atacaban a

la democracia y las instituciones salían amnistiados y los que la defendían salían condenados. Eso no se iba a repetir. Y no se va a volver a repetir.

Por eso, los beneficios que se den a un lado, se darán en otro. Pero no como producto de una negociación con las FARC, sino como producto de esa justicia transicional, pero por voluntad del Gobierno y por acción del Estado colombiano. O sea que los militares pueden estar absolutamente y totalmente tranquilos de que, si alguno cometió algún error durante este conflicto, podrá también beneficiarse de la justicia transicional. Es decir, que solamente los que cometieron crímenes atroces van a ser sujetos de algún tipo de restricción de la libertad —ya están establecidos los cinco años, ocho años— y el resto va a quedar en cierta forma amnistiado. En el caso de los policías y los soldados no hay amnistía, pero no se les va a sancionar en la forma como se sancionaría una situación ordinaria.

El fin del conflicto es el tema que falta. Ahí estamos discutiendo el cese al fuego. La guerrilla pregunta o pide —y ha pedido desde hace cinco años— el cese al fuego. Hemos dicho que no, no cese al fuego, al principio porque teníamos una experiencia terrible con la guerrilla en materia de cese al fuego. Siempre nos habían «hecho conejo». Siempre nos habían engañado. Siempre

habían aprovechado las negociaciones para fortalecerse militarmente y políticamente, en todas las circunstancias, en todos los intentos. Acuérdense lo que sucedió en El Caguán. Ese es el ejemplo más dicente. Entonces, como dicen vulgarmente, «al perro no lo capan dos veces». Les dijimos: «No, aquí no va a haber cese al fuego». Porque, entre otras cosas, el cese al fuego era un incentivo, también perverso, para prolongar las negociaciones indefinidamente. La guerrilla armada dialogando, sin presión militar, ¿qué incentivo tendría para llegar a algunos acuerdos? Por eso, no aceptamos el cese al fuego durante todos estos años. Pero llega un momento donde ya hemos avanzado lo suficiente y esto tiene que terminar. Y ahí sí tiene que comenzar a discutirse cómo va a ser ese cese al fuego. Y estamos en ese momento. Ya hemos evacuado todos los puntos y ya tenemos que discutir el fin del conflicto, cómo va a terminar esto. Y eso tiene una cantidad de arandelas, una cantidad de puntos que hay que negociar. Porque, por ejemplo, la guerrilla dice: «Mire, mientras negociamos esos puntos, ¿por qué no —ustedes se acordarán el juego de la estatua— nos quedamos quietos las Fuerzas Militares y la guerrilla, y no nos disparamos el uno al otro?». Eso es lo que quieren. A eso se responde:

«No, señores; les agradecemos su gesto de un cese al fuego unilateral —la guerrilla dejó de atacar a las poblaciones, a las Fuerzas Militares,

a los oleoductos, y lo ha venido cumpliendo y hay que reconocer que lo ha venido cumpliendo—, pero lo que no pueden exigir es que haya reciprocidad; ellos siguen atacando a la población, siguen extorsionando, siguen traficando en drogas, siguen beneficiándose de la minería ilegal.

Entonces, las Fuerzas Militares y las Fuerzas Armadas y la Policía no van a dejar de perseguir a quienes siguen delinquiendo. Entre otras cosas, porque a eso es a lo que nos obliga la Constitución. Y por órdenes más no vamos a hacer eso. Lo que les he dicho es: «Aceleremos la Negociación para que ustedes se concentren en los sitios donde se van a concentrar y, por ejemplo, se les financie su alimentación y cómo van a vivir». Porque en este momento van a seguir extorsionando: si no, entonces, ¿de qué viven? Y a lo cual nosotros les decimos: «Precisamente por eso no podemos ni vamos a hacer un cese al fuego sin todas las arandelas que eso significa: verificación, verificación internacional y que, efectivamente, dejen de extorsionar, dejen de traficar, dejen de beneficiarse de la minería ilegal». Y ahí es donde sí sería apto y sería viable un cese al fuego definitivo.

O sea que estamos en ese proceso de negociar los puntos del cese al fuego definitivo. Y hasta que no tengamos todo eso negociado, pues

no vamos a decretar un cese al fuego por parte del Estado colombiano, porque eso sería permitirles a ellos y a otros grupos ilegales que siguieran delinquiendo. Y eso no lo vamos a hacer. Pero la respuesta de ellos es: «Aceleremos este Proceso para poder decretar ese cese al fuego».

¿Y cómo se van a desarmar? Esta es otra pregunta. Ellos prometieron que sesenta días después de firmar el fin del conflicto comenzaría el proceso de desarme. ¿Cómo va ser eso? Eso tiene que negociarse. ¿A quién le van a entregar las armas? Tiene que negociarse. Hay muchas modalidades, hay muchas formas, pero lo que sí es absolutamente indispensable es que tienen que dejar las armas. Todo este ejercicio, todo este proceso, es precisamente para que puedan hacer política, pero sin armas. Entonces, los que están diciendo es que se van a quedar con las armas así sea por allá escondidas: no, tiene que ser sin armas. Porque de eso se trata el Proceso, de que puedan hacer política sin armas, sin violencia. Y eso es lo que falta. Falta terminar algunos aspectos de los derechos de las víctimas, por ejemplo, el derecho a la reparación. Estamos negociando la última parte de esa reparación. Ellos dicen que no tienen por qué reparar, porque ellos son víctimas. A lo cual les digo: «No sean cínicos. Ustedes son los máximos victimarios,

ustedes tienen que reparar como el resto. El Estado repara, pero ustedes también». Entonces, apenas terminemos esa negociación quedará el Punto de las víctimas resuelto y solo quedará el último Punto. Y aquí viene el esfuerzo que ustedes pueden hacer y deben hacer.

Viene la última parte, viene la referendación. Ese fue otro de los puntos que yo le prometí al pueblo colombiano desde hace cinco años para darle tranquilidad, para que la gente tuviera la confianza de que aquí no vamos a feriar el país, que aquí no vamos a entregar el país, como algunos están diciendo. Que aquí lo que se está negociando es algo totalmente razonable, totalmente conveniente para el país. Pero, sin estar obligado —porque, jurídicamente, legalmente, yo no estaba obligado [a hacerlo]— lo prometí desde el principio: «Vamos a diseñar un tipo de referendación para que si al pueblo colombiano no le gusta lo que negociamos, pueda decirlo». Punto. Acatamos la voz del pueblo. Pero si dice: «Sí, nos gusta», pues seguimos adelante. Discutimos mucho cuál sería ese proceso de referendación. Todavía no nos hemos puesto de acuerdo con la guerrilla; ellos siguen insistiendo en su asamblea constituyente. Les hemos dicho de todas las formas: «Bájense de esa nube; asamblea constituyente no va a haber».

Algunos dicen que nos vayamos por un referendo. El referendo tiene toda clase de complicaciones, entre otras cosas porque, ¿ustedes se imaginan los sesenta y cuatro o sesenta y cinco puntos sometidos punto por punto a un referendo? Eso es imposible. Y por eso nos fuimos por la vía del plebiscito. El plebiscito implica hacerle una pregunta al pueblo colombiano diciéndole qué es lo que acordemos, porque eso lo haríamos después de que firmemos los acuerdos. Hay que hacer una gran pedagogía sobre qué fue lo que firmamos y qué fue lo que se negoció, como un paquete. Y el pueblo colombiano va a tener la oportunidad de salir a votar y decir: «Me gusta o no me gusta; sí o no». Y esa es una refrendación totalmente democrática, totalmente transparente. Y una oportunidad para todo el pueblo colombiano, porque todos a los que les gusta pueden salir a votar y todos a los que no les gusta también.

Y si gana el «no», pues eso será acatado y seguiremos en guerra durante veinte o treinta años. Y si gana el «sí», el Congreso de la República y el Proceso serán legitimados para seguir avanzando en la forma como se acabe de negociar de aquí al 23 de marzo. Eso es lo que nos espera: un plebiscito que la guerrilla todavía no ha aceptado que sea plebiscito, pero que se tenía que presentar en el Congreso por una cuestión de tiempo. Y se les ha venido

explicando, porque ellos dicen: «No, esas son decisiones unilaterales del Gobierno y nosotros no aceptamos decisiones unilaterales». A lo cual les dijimos: «Miren, lo que pasa es que ustedes se demoran mucho en tomar en decisiones y el tiempo apremia; y tenemos que ir ganando tiempo. ¿No dízque ustedes que quieren un cese al fuego ya, lo más rápido? Pues entonces aceleremos. ¿No dízque ustedes quieren que esta paz se pueda comenzar a construir lo más pronto posible? Pues aceleremos». Para acelerarlo necesitamos, por ejemplo, que la refrendación esté lista, a más tardar, en junio del año entrante [...].

Si no presentamos el proyecto de acto legislativo en este semestre, perdemos todo un semestre: si no presentamos el proyecto de ley estatutaria para la refrendación, para el plebiscito —que requiere, además, una aprobación de la Corte Constitucional—, pues entonces no vamos a poder refrendar los acuerdos en mayo o junio del año entrante. Y si no podemos refrendar los acuerdos en mayo o junio del año entrante, todo el proceso de implementación de los acuerdos apenas iniciaría hasta diciembre del año entrante o, si no, hasta el 2017. Eso es lo que nadie quiere, porque todos los procesos de paz en el mundo nos han enseñado que hay que acortar el tiempo entre el momento en que se firman y el momento en

que comienza su implementación. Todo esto es para acortar los tiempos y poder darles la paz a los colombianos lo más pronto posible.

Hay mucha gente que dice, por ejemplo: «No, el plebiscito no debería ser el instrumento. Que se muestre punto por punto y que se someta al pueblo colombiano cada punto de la negociación». Eso no es posible, no es práctico y no es viable. ¿Por qué? Porque lo que el pueblo tiene que decidir, lo que los colombianos tenemos que decidir, es todo un paquete. Si ustedes someten al pueblo colombiano a la pregunta: «¿Ustedes están de acuerdo con darle algunos beneficios jurídicos a la guerrilla?», la mayoría del pueblo colombiano dice: «No». Y con razón. Dicen: «¿Por qué vamos a darles beneficios jurídicos a unas personas que no han hecho otra cosa que secuestrar, atacar y cometer todo tipo de atrocidades?». Si ustedes le preguntan al pueblo colombiano: «¿Usted pensaría que las FARC deberían, el día de mañana, deberían participar en política?», el pueblo dice: «No. ¿Por qué va a participar en política esta gente que no ha hecho otra cosa que hacerle daño a Colombia?». Entonces, si la gente ve cada punto por separado, pues va a decir que no.

Sin embargo, si usted le dice a un colombiano: «Este es el paquete que contiene esos elementos y otros; este

es el costo de la paz —la paz cuesta—, pero la alternativa es continuar en guerra veinte o treinta años más y este es el costo de continuar». La gente dice: «A ver, el mundo no es perfecto; me voy a tener que tragar algunos sapos. Entonces, yo sí prefiero la paz que la guerra». Y eso es lo que el pueblo colombiano tiene que decidir. Si el costo de esa paz es un costo que está dispuesto a pagar o no. Y ese es el gran interrogante y el gran desafío que tenemos por delante. Y la refrendación, que se va a hacer de aquí a julio del año entrante, pues ahí es donde el pueblo colombiano va a poder expresarse. Y ahí es donde necesitamos el apoyo de personas como ustedes —aquí presentes—, de las universidades: para hacer pedagogía.

Más del 50% de la gente no sabe todavía qué es lo que se ha acordado y el otro 50% tampoco entiende bien qué significa la paz. ¿Qué significa la paz para un joven que hoy está estudiando en un colegio o en una universidad, o que quiere estudiar y no ha podido? ¿Qué significa la paz para un campesino? ¿Qué significa la paz para un ama de casa en Bogotá o en Cartagena del Chairá? ¿Cuáles son esos beneficios? Eso todavía no se ha estudiado o no se ha explicado lo suficiente, y la gente todavía no ha podido captar la inmensa oportunidad que tiene Colombia de terminar una guerra que le ha costado tanto al pueblo

colombiano, o las oportunidades que se abren con la terminación de esa guerra. Ejemplos hay muchísimos. Y todos tenemos que comenzar a poner nuestro granito de arena. Todos ustedes, aquí presentes, tienen que comenzar a tratar de entender un poquito más de qué se trata este Proceso, para poder entusiasmar a otros y decirles: «Mire, este es el camino» [...].

¿Cuánto les ha costado a los campesinos de Colombia la falta inversión en el campo? ¿Por qué está concentrada la pobreza en el campo? Porque no ha habido inversión. ¿Y por qué no hay inversión? Porque el conflicto ha estado en el campo. ¿Cuántos de los delincuentes que están robando aquí en los Transmilenios, que les roban los celulares a los que están usando los celulares aquí en Bogotá, en Medellín o en Barranquilla, son producto del conflicto? Es decir, gente desplazada: siete millones y medio de víctimas, que se van a los cinturones de miseria de las ciudades. Porque muchas señoras aquí, en Bogotá dicen: «Esta guerra a mí no me afecta». Claro que las afecta. ¿Cuántas oportunidades de empleo no se han perdido por la guerra? Se calcula que la economía colombiana habría podido crecer entre 2 y 3% más por año, si no hubiese sido por el conflicto.

Alguien lo describió muy bien: Colombia ha progresado muchísimo. Hoy tenemos unos indicadores

muy positivos. Pero hemos venido manejando con el freno de mano puesto. La economía colombiana y el progreso colombiano han tenido un freno de mano puesto, que ha impedido que Colombia realmente explote todo su potencial. Y ese freno de mano es el conflicto colombiano.

Ayer estaba yo reunido con el rector de la Universidad de los Andes [Pablo Navas] y la Decana de Economía [Ana María Ibáñez]. Me estaban mostrando un estudio de los costos de la guerra y de los beneficios de la paz. Les dije: «Esto hay que divulgarlo por todos lados; la gente no ha entendido los inmensos beneficios que le traería a Colombia dejar de ser el único país de todo el hemisferio occidental con un conflicto armado». Yo les doy dos ejemplos: el turismo. No sé cuántos de ustedes ya vieron la película *Magia Salvaje*. Esa es una partecita de las riquezas que tenemos. Aquí estuvo el Primer Ministro chino hace unos meses. Venía porque Colombia es uno de los países con mayor potencial para aumentar la producción de alimentos. China tiene «uno que otro» habitante y el Primer Ministro chino [Li Keqiang] me dijo: «Solamente producimos el 40% de lo que consumimos; el resto lo importamos, y estamos muy preocupados por saber de dónde vamos a sacar los alimentos para alimentar nuestra población en veinte, treinta o cuarenta años». Uno de los países,

ya identificado por la FAO, que es la Organización Mundial de Alimentos de las Naciones Unidas, el que tiene mayor potencial, es Colombia. ¿Por qué no hemos podido hacer esto? Porque el conflicto armado nos lo ha impedido. Pero el punto no era la parte de la gran oportunidad en materia agropecuaria, el punto es el turismo.

Nos pusimos, entonces, a ver cuántos chinos están saliendo por el mundo o viniendo a América de turistas. ¿Saben cuántos chinos vienen a América todos los años a hacer turismo? Cien millones de chinos. ¿Saben cuántos vienen a Colombia? Nueve mil. Y pregunté: «¿Por qué no vienen más chinos a hacer turismo a Colombia?». Me dijo: «Ah, porque ustedes están en la lista de un país con conflicto armado». Si usted, señor rector, quiere hacer un intercambio estudiantil con Estados Unidos y usted hace con la universidad que sea, la Universidad de Harvard, un intercambio de estudiantes, entonces usted manda unos estudiantes de aquí para allá; pero la Universidad de Harvard les manda unos estudiantes a sus magníficas facultades de derecho, por ejemplo, y pues no vienen. No pueden venir porque estamos en una cosa que se llama el *travel warning*, la advertencia de viaje, que es producto de ser un país en la lista de conflicto armado. Esos son solamente dos ejemplos de millones de ejemplos que existen de los costos y de los

beneficios de la paz. ¿Y qué es lo que yo quisiera? Que ustedes, los jóvenes que está aquí presentes, los miembros de las Fuerzas Armadas, que además van a ser también muy beneficiados, ustedes son los van a dejar de poner allá a arriesgar sus vidas. ¿Cuántos soldados tenemos hoy, por ejemplo, en la Fuerza de Tarea Omega, allá en las selvas del Caguán? Catorce mil. Ellos podrían venir, podrían capacitarse mucho mejor. Necesitamos una Fuerza Pública fuerte, necesitamos más policías y más soldados, tenemos todavía mucho territorio sin presencia del Estado. Pero ya no operaciones contra guerrilla en la mitad de la selva, sino en operaciones de soberanía, de ayudar por ejemplo a la seguridad de las ciudades, a la seguridad del ciudadano de a pie, lo que hacen los ejércitos y las fuerzas armadas en cualquier país normal [...].

Yo les aseguro que si ustedes se entusiasman un poco con este Proceso y nos ayudan —este proceso no es mío; no es de Juan Manuel Santos, no es un capricho mío ni siquiera de mí Gobierno: esto es de todos ustedes, la paz es de todos ustedes, eso es lo que tienen que entender—, si todos nos unimos como nos vamos a unir esta tarde para sacar adelante el Proceso, para aprovechar este punto de inflexión, para darle al país un salto cualitativo en su desarrollo, para que nos reconciliemos, para que reconstruyamos esa fibra moral

que hemos venido destruyendo durante cincuenta años de guerra, a este país no lo va a detener nadie.

Es una oportunidad de oro; qué bueno haber podido venir hoy. Vamos ahorita para Buenaventura: allá tenemos una ciudad que tiene muchos problemas —[este conflicto] también le ha dado a Buenaventura y a todo el Pacífico colombiano muy duro—, pero ahí también hay oportunidades que tenemos que ir sembrando. Eso lo podemos hacer por todo el país. Y eso es lo que yo les pido a ustedes: entusiásmémonos con este Proceso. De aquí a seis o siete meses vamos a poder darle un vuelco a Colombia muy positivo si todos nos unimos. Cuando digo «todos» son todos: ojalá todos podamos ser partícipes de esta gran ola hacia una Colombia en paz, a una Colombia con más equidad y a una Colombia mejor educada.

* Acabamos de tener una reunión muy agradable, muy constructiva, con el señor Eamon Gilmore, quien ha sido designado como Enviado Especial de la Unión Europea para el Proceso de Paz en Colombia. Ha sido designado por la Canciller de la Unión Europea, a nombre de todos los países, Federica Mogherini, quien ha estado muy pendiente y apoyando el Proceso de Paz desde el principio, inclusive cuando ella era Canciller de Italia, antes de ser Canciller de la Unión Europea.

El señor Gilmore es una persona que tiene mucha experiencia, que tiene una gran trayectoria. Él fue Viceprimer Ministro de Irlanda y Ministro de Relaciones Exteriores de Irlanda. Fue uno de los que inició un proceso de paz allá, que se llamó el Tren de la Paz, en Irlanda. Ha sido líder del partido laborista durante muchos años, también en Irlanda, y ha tenido una amplia trayectoria y un amplio conocimiento de este tipo de procesos. Por eso, cuando la señora Mogherini me comunicó el nombre del señor Gilmore, inmediatamente le dijimos que nos parecía una persona excelente para ayudarnos en esta etapa final del Proceso de Paz.

Discutimos con el señor Gilmore; le informé en qué estaba la Negociación, qué hace falta. Le dije que el tema de las víctimas está a punto de terminar: faltan algunos aspectos de la parte de justicia y un tema de la parte de la reparación para que el tema de las víctimas lo podamos concluir, ojalá, a la mayor brevedad posible. Simultáneamente, seguimos avanzando en el tema del fin del conflicto. Un tema que tiene que ver con el cese al fuego bilateral y definitivo, con el desarme y con la reintegración de las personas en armas a la vida civil. Con eso podríamos concluir los acuerdos y firmar. La fecha del 23 de marzo que acordamos con el comandante de las FARC es una fecha límite, así que podríamos



Declaración al término de la reunión con el Enviado Especial de la Unión Europea para el Proceso de Paz en Colombia
Estado actual de las Conversaciones, aspectos relevantes del Proceso de cara a la comunidad internacional y agradecimiento a la Unión Europea por su apoyo

Juan Manuel Santos
Presidente de la República

BOGOTÁ D. C., COLOMBIA

11-11-2015